

LA CONSTRUCCION DE LA CIUDAD DE BARCELONA

1716-1977

El resultado adverso con el que concluyó para Catalunya la guerra de Sucesión (1705-1714) significó a nivel político la pérdida de su Constitución. En Barcelona, una de sus consecuencias materiales fue el derribo de un sector popular, el Barri de Ribera, para levantar en sus terrenos una fortaleza militar, la Ciudadela, que junto con el ya existente castillo de Montjuïc y otras fortificaciones de nueva construcción completaría el cerco militar de la ciudad. Convertida, de esta manera, en plaza fuerte, su crecimiento a partir de este momento quedó constreñido al interior del recinto delimitado por sus murallas medievales. La excepción la encontraremos en la urbanización del barrio obrero de la Barceloneta, concebida por ingenieros militares, única construcción extramuros autorizada para compensar la penuria de habitaciones originada por la demolición del Barri de Ribera.

1716-1727. Construcción de la Ciudadela.

1753. Inicio de las obras de la Barceloneta.

A finales del siglo XVIII, se inicia un renacimiento económico de Barcelona: la Real Cédula de Carlos III de 1778 había abierto a los catalanes el comercio con América, y un año más tarde su industria algodonera ocupaba a más de dieciocho mil obreros. Hasta entonces el reducido crecimiento demográfico de la ciudad se había ido absorbiendo a base de densificar la edificación, con el consiguiente agotamiento del suelo disponible y del crecimiento en altura de las construcciones. Pero ante el empuje provocado por una economía recuperada, debieron afrontarse medidas urbanísticas: la atención se centró en la ordenación del Raval, en el que numerosas órdenes religiosas tenían emplazados sus conventos.

A partir del derribo parcial de la ya inútil muralla medieval interior (1735), se acometió la remodelación de la Rambla, y con ello se planteó en su entorno la apertura de una serie de nuevas calles que, apoyándose en los caminos medievales y ajustándose a la parcelación agrícola, completasen la trama viaria del Raval. El proyecto, iniciado por las autoridades militares y trazado por ingenieros asimismo militares, sería posteriormente desvirtuado en la medida en que su realización fue dejada en manos de la iniciativa privada. Con ello, de todas formas, se habría puesto en evidencia la posibilidad de acometer una urbanización unitaria y articulada de la ciudad capaz de superar funcional y visualmente su fraccionada trama medieval. Los resultados se concretarían a la ordenación de las fachadas del paseo, a la apertura de los primeros tramos de las nuevas vías conforme al trazado inicial y al desarrollo de nuevos tipos edificatorios: el edificio industrial y la casa de vecinos, que aún había de coexistir con la construcción de los últimos palacios para la aristocracia. Estas intervenciones, así como algunas otras de tipo puntual motivadas por finalidades altruistas o higienistas muy ligadas a la ideología del despotismo ilustrado, irán dando a Barcelona las características de una incipiente

1772-1807. Remodelación de la Rambla.

1763. Apertura de la calle Conde del Asalto.

1790-92. Apertura de la calle Marqués de Barbará.

ciudad burguesa que, por otra parte, no llegaría a consolidarse hasta mediados del siguiente siglo.

Habría que esperar hasta finales del primer cuarto del siglo XIX para que el municipio constitucionalista (1820-1823) abordara una reforma urbana global intentando dar una nueva forma a la ciudad a partir de la intervención «racional» en su trama medieval. Elemento básico en esta operación era la apertura de una vía absolutamente recta que, atravesando la ciudad medieval, uniera la Rambla con el Jardín del General.

1824. Inicio de la apertura de la calle Fernando.

El resultado fue la apertura de las calles Fernando, Jaime I y Princesa que, continuando el eje definido por la calle Hospital en el Raval, pondrían en comunicación directa la Ciudadela con Montjuïc.

1819. Inauguración del actual Cementerio Viejo de Barcelona.

En esta misma época se acomete la realización práctica de la supresión de la dependencia religiosa de los cementerios (promulgada en 1775 por Carlos III) mediante la construcción del cementerio general de la ciudad, en consecuencia desaparecen los antiguos cementerios que se encontraban insertos en el tejido urbano adosados a las iglesias, y la mayoría de sus recintos se incorporan a la ciudad formando pequeñas plazas frente a las iglesias.

1825. Urbanización de la Plaça Palau.

Otras intervenciones en la fachada marítima llevarían a la destrucción del antiguo Portal del Mar, culminando con una nueva ordenación de la Plaça del Palau, de cuyo marco físico, solamente iniciado, restan la fuente y algunos edificios como la Llotja, la Aduana y las casas d'En Xifré.

1848. Construcción de la Plaça Real.

En 1835 se abre un período revolucionario en la historia de Barcelona, uno de cuyos acontecimientos, el incendio de la mayor parte de los conventos barceloneses, servirá para que la ciudad recupere para el uso público los espacios por ellos ocupados, en los que posteriormente se asentarían gran parte de las realizaciones urbanísticas del siglo XIX como la Plaza Real, de inspiración francesa, la plaza Medinaceli, la de San José («La Boquería»), utilizada como mercado, etc., o, en otras ocasiones, se utilizarían para el asentamiento de edificios públicos o culturales, como es el caso del Teatro del Liceo. Junto a las realizaciones públicas, otras de tipo privado tales como el derribo del Palau Menor o de la Reina y la posterior urbanización de los solares así liberados, contribuían a la remodelación de una ciudad cuyo desbordante crecimiento demográfico, espoleado por la dinámica de la incipiente revolución industrial, era imposible de contener en el colmatado recinto amurallado. Pero la condición de plaza fuerte que el gobierno central había asignado a la ciudad, conllevaba la prohibición de edificar en una amplia faja perimetral exterior a las murallas.

1858. Derribo del Palau Menor.

1848. Inauguración de la primera línea de ferrocarril Barcelona-Mataró.

En consecuencia, durante el siglo XIX surgen y se desarrollan núcleos urbanos más allá de la faja establecida por las ordenanzas militares, apoyándose en vías de comunicación preexistentes o en antiguos núcleos rurales como Gràcia, Sarrià, Les Corts, Sant Andreu, Hostafranchs, Sant Gervasi, etc. El más próximo de todos ellos, Gràcia, dio origen a la formación de un amplio paseo, el Passeig de Gràcia, en cuyo entorno se asentaban provisionalmente todo tipo de atracciones festivas como circos, bailes y merenderos.

1858. Inicio del derribo de las murallas.

Como consecuencia de las constantes presiones ciudadanas, que ya en diversas ocasiones habían llevado al intento de derribo de la Ciudadela, a partir de 1854 Barcelona dejó de ser considerada como plaza fuerte y, en consecuencia, se pudo proceder a la demolición de sus murallas. Las

pretensiones del municipio barcelonés desde este momento, se orientarían en el sentido de poder ordenar y controlar su propio crecimiento, a cuyo efecto ya había realizado en 1846 un primer proyecto dilatado del Ensanche. En febrero de 1859 el Gobierno central de Madrid dictó una Real Orden encargando al ingeniero de caminos Ildefons Cerdà los «Estudios del Ensanche y Reforma de la Ciudad de Barcelona». Con ello se provocó una serie de protestas, a distintos niveles, en la ciudad, y dos meses más tarde el Ayuntamiento convocó un concurso con el mismo fin, que fue admitido por el Gobierno únicamente con carácter consultivo para confrontar los proyectos ganadores con el de Cerdà, ya aprobado por Madrid en el mes de junio. Ganó el concurso el proyecto de Antoni Rovira i Trías, arquitecto municipal barcelonés; pero en 1860, el Gobierno, visto el informe de la Junta Consultiva de Caminos, se ratificó en la aprobación del Plan redactado por el ingeniero Cerdà, con lo que se implantaba de una manera definitiva el «Plano de los alrededores de Barcelona y proyecto de su reforma y Ensanche». El plan, conocido desde entonces como «Pla Cerdà», se extendía por todo el llano barcelonés hasta los pueblos inmediatos, incorporando sus términos municipales y entrelazándolos por medio de una extensa red viaria cuadrangular.

1860. Implantación del Pla Cerdà para el Ensanche de Barcelona.

La construcción del Eixample, muy lenta y objetada inicialmente, refleja en sus edificaciones los cambios tanto de la organización de la construcción como del gusto arquitectónico que se han producido a lo largo de los últimos cien años. Las primeras edificaciones, hasta que en 1877 aparece la primera promoción de arquitectos de la recién fundada Escuela de Arquitectura de Barcelona, fueron en su mayoría proyectadas y realizadas por Mestres d'Obres, renovados continuadores de los Magister Operis medievales que hasta 1829 estuvieron agrupados en el Gremio de Albañiles y Canteros de Barcelona, cuyas ordenanzas en vigor databan de 1327. Aunque tenían limitadas sus atribuciones a las obras particulares, algunos Mestres d'Obres llevaron a cabo realizaciones importantes, como en el caso de la conversión de la antigua Ciudadela en parque público, planeada y dirigida por Josep Fontseré.

1872. Inicio del Parque de la Ciudadela.

La incidencia de la tecnología del hierro se acusará también en algunas construcciones singulares de este momento (principalmente mercados), que a partir de unas iniciales imitaciones arqueologistas se irán acoplando al vocabulario formal ecléctico del último tercio del siglo XIX barcelonés. De esta manera, encontraremos a Fontseré en la construcción de uno de estos mercados, el del Born, y dirigiendo la construcción de las casas porticadas vecinas a él, así como al frente de las obras del parque hasta 1887, fecha en que Elías Rogent asumió la dirección técnica de la Exposición Universal que había de celebrarse en aquel recinto.

1874. Construcción del Mercado del Born.

La Exposición Universal de 1888 sirvió para que se remodelasen definitivamente los terrenos de la Ciudadela incorporándolos al Ensanche, y a su vez permitió la afirmación del Modernisme. El país, que había emprendido su restauración bajo la doble motivación espiritual y económica de la Renaixença, encontró en el Modernisme la vía de búsqueda de una arquitectura nacional catalana frente a los historicismos imperantes de la época. Esta voluntad por definir una expresión artística autóctona a la vez que progresista, buscó su propia identidad en el punto en que la nación catalana había sido negada, recuperando algunas tradiciones artesanas medievales, como por ejemplo el retorno al uso sistemático del ladrillo, cuyas texturas y posibilidades estructurales

1888. Exposición Universal de Barcelona.

alcanzarían tan elevado nivel tecnológico que llegaron a divulgarse a otros países, como sucedió con la exportación de la volta catalana a los Estados Unidos por parte de Guastavino. A ello debe sumarse una clara voluntad por crear formas nuevas que aproximaría el movimiento a las experiencias europeas del Art Nouveau de las que, no obstante, se diferenciaría tanto por su inusitada difusión y popularidad como por su gran complejidad estilística: El Modernisme no se debe entender como un movimiento puro, ya que es el resultado de una mezcla de tendencias y aportaciones aisladas que pueden reducirse, a grandes rasgos, a dos líneas divergentes representadas por Antoni Gaudí i por Lluís Domènech i Montaner.

1897-1903. Agregación a Barcelona de los Municipios limítrofes.

A partir de 1897, y hasta 1903, se van agregando a Barcelona los municipios contiguos que, con sus industrias y viviendas obreras y menestrales, configuraban una corona suburbana que impedía la extensión del Eixample. Con la finalidad de perforarla, potenciando nuevo suelo para el crecimiento de la ciudad, en 1903 se convocó un concurso de enlaces entre la ciudad y los pueblos agregados que fue ganado por el arquitecto francés Leon Jaussely. Pero su proyecto, académico y ambicioso, nunca llegó a tener carácter oficial porque fue considerado utópico y en su lugar el Ayuntamiento aprobó catorce años más tarde un «Plano de Enlaces» que en realidad no era más que un desarrollo parcial y simplificado del plan de Jaussely.

1917. Plano de enlaces de Barcelona con los pueblos agregados.

Como desarrollo de las propuestas contenidas en el Pla Cerdà para la reforma del casco antiguo, Angel Baixeras había elaborado en 1880 un «Proyecto de Reforma de la Ciudad de Barcelona» que no fue aprobado hasta nueve años después; pero hasta 1908 no se inició la apertura de la Via Laietana, único «sventramento» totalmente realizado de los tres que preveía el Pla Baixeras. Esta vía, que permitió comunicar directamente el Eixample con el puerto, se vio flanqueada, en su construcción, por edificios de oficinas, muchos de ellos noucentistes y algunos con inequívocas referencias de la Chicago School.

1908. Inicio de la apertura de la Via Laietana.

El Noucentisme lo formuló conceptualmente Eugeni d'Ors en coincidencia con la constitución del Gobierno de la Mancomunitat y con ello de la recuperación institucionalizada de una relativa autonomía, con lo que el nacionalismo catalán evoluciona de las actitudes revolucionarias a la necesidad de una normalización del país dentro de la órbita cultural europea, lo que explica el abandono de las tradiciones medievales y su sustitución por el clasicismo renacentista entendido como etapa fundamental en la creación de las nacionalidades europeas. Pero el Noucentisme, pese a su explícita adscripción clasicista, tampoco llegó a generar un estilo nacional bien definido, resolviéndose en diversas tendencias que abarcan desde el barroco popular y diversos momentos y síntesis renacentistas, hasta llegar por simplificación estilística, en algunas obras a soluciones que podrían entenderse como primera anticipación de un cierto eclecticismo formal racionalista.

1913. Decreto concediendo la Mancomunitat.

El Noucentisme mostró el alcance de sus múltiples facetas en la Exposición Internacional de Barcelona inaugurada en 1929, exposición que arrancaba de un proyecto que las industrias eléctricas catalanas habían planteado en 1913. Pero la Guerra Europea primero y la implantación de la Dictadura de Primo de Rivera después, variaron sustancialmente la idea inicial, que se apoyaba en un proyecto elaborado por el arquitecto, político e historiador Josep Puig i Cadafalch, la cual se vería radicalmente modificada al hacerse cargo de la realización el arquitecto Pere Domènech. Con la Exposición se

1923-30. Dictadura de Primo de Rivera.

ultimó la urbanización de gran parte de la montaña de Montjuïc, ya iniciada por Forestier, así como de la plaza de España, incorporándola a la ciudad como polo dinámico que potenciase su crecimiento hacia este sector. Es significativo constatar que las aportaciones arquitectónicas más interesantes que se produjeron dentro del ámbito de la Exposición se sitúan en dos posiciones radicalmente distantes: El Pueblo Español por una parte y el Pabellón Alemán realizado por Mies van der Rohe por otra. Esta última, pieza fundamental del Movimiento Moderno, se inauguraba pocas semanas después de que en las Galerías Dalmau se celebrase una exposición de proyectos final de carrera con la que se daban a conocer los jóvenes arquitectos catalanes adscritos al racionalismo internacional de las vanguardias europeas. Este polémico grupo de arquitectos, posteriormente se estructuró constituyendo el G.A.T.C.P.A.C. (*) (Grup d'Artistes y Tècnics Catalans per el Progrés de l'Arquitectura Contemporània), cuyo órgano de difusión era la revista A.C. («Documents d'Activitat Contemporània»), de la que se publicaron veinticinco números entre 1931 y 1937.

Con la proclamación de la República y la creación del Govern de la Generalitat se creó un marco favorable para el impulso de la nueva arquitectura, que se materializó con el encargo al Grupo de algunos proyectos oficiales, debidos principalmente al apoyo de la socialdemocracia (Esquerra Republicana de Catalunya) y del anarcosindicalismo (C.N.T.); es el caso de diversos grupos escolares, de la Casa Bloc, del Dispensario Antituberculoso y del esquema de reordenación urbana de Barcelona conocido como Pla Macià (1933), elaborado conjuntamente con Le Corbusier. La radicalización política producida a causa de la Guerra Civil descompuso el grupo ante la posibilidad de superar el utopismo lecorbuseriano mediante la intervención directa en la transformación de las relaciones de producción en el sector de la construcción a través del recién creado Sindicat d'Arquitectes de Catalunya. Con la Guerra Civil se perdieron los principales animadores del G.A.T.C.P.A.C.: Josep Lluís Sert, soporte teórico, que se exilió a los Estados Unidos, y Josep Torres Clavé, su puntal político, muerto en el frente luchando como oficial republicano.

Con el fin de la Guerra Civil se inició en España una larga época de carencia y represión, durante la cual el nuevo régimen fue consolidando unas estructuras oligárquicas que, sustituyendo al orden institucional republicano vencido, posibilitasen con la recuperación económica del país su propia supervivencia. La arquitectura catalana, desconectada de sus recientemente pasadas experiencias racionalistas, orientó su lenguaje hacia el folklorismo y el clasicismo academicista con el que la burguesía se sintió formalmente identificada, retomándose el camino que había alcanzado su gran momento en la Exposición Internacional de 1929. La misma idea de la ciudad noucentista prevalece a lo largo de los primeros años de la postguerra, durante los cuales las intervenciones a nivel urbano son parciales y aisladas, como es el caso del «Proyecto de Nueva Urbanización de la Avenida del Generalísimo Franco y de sus zonas de influencia». El colapso de los años cuarenta se refleja en una escasa actividad constructiva, y junto a un débil desarrollo de los barrios altos y algunas intervenciones puntuales en el centro (principalmente protagonizadas por edificios bancarios que incorporan a su lenguaje

1926. Construcción del Gran Metro.

1929. Exposición Internacional de Barcelona.

1931. Proclamación de la II República y creación del Govern de la Generalitat.

1932. Estatut d'Autonomia

1936-39. Guerra Civil Española.

1939-1975. Dictadura del General Franco.

1946. Proyecto de Urbanización de la Diagonal.

(*) En el acta de constitución el G.A.T.C.P.A.C. aparece constituido por los arquitectos J. Ll. Sert, M. Subiño, C. Alzamora, G. Rodríguez Arias, R. Churruga, J. Torres Clavé, P. Armengou y S. Yllešcas, incorporándose en fases sucesivas J. B. Subirana, R. Duran Reynals, J. Mestres Fossas, F. Fàbregas y R. Ribas Seva, entre otros.

superficial elementos clasicistas que luego seran copiados en las casas de pisos). Barcelona ve crecer en su entorno una ciudad marginal de barracas que albergan al peonaje recién inmigrado en busca de trabajo.

1953. Plan Comarcal de Barcelona.

La discreta apertura política que se produce en los inicios de la década de los años 50 buscando superar el aislamiento internacional en que se encuentra el país, favorece una cierta recuperación económica que, en el campo de la construcción, se traduce en un incremento de la actividad. Asimismo, la paralela e inevitable apertura cultural significará un reencuentro de los arquitectos barceloneses con la arquitectura europea, a la vez que cobrará importancia la idea del planeamiento urbano, produciéndose una sustitución del implícitamente imperante concepto «noucentista» de la ciudad por el Town Planning, que culminará en la realización del Plan Comarcal de Barcelona, «Pla Soteras», en el cual la organización de las magnitudes económicas y sociológicas juega un papel más importante que el propio diseño urbano, ya que surge como respuesta a los problemas que se plantean como consecuencia de la colmatación de los primeros núcleos periféricos: la necesidad de controlar la tendencia espontánea que se iba produciendo con la localización de la población obrera y de la nueva expansión industrial en una segunda corona de poblaciones (Badalona, Montcada, Santa Coloma, etc.) dejando como suelo vacante un amplio anillo en el que la carencia infraestructural dificultaba una ocupación improvisada.

1952. Congreso Eucarístico.

La ocupación de estos espacios se iniciaría alrededor de los años sesenta, a partir de la política de polígonos de viviendas económicas promovidos en gran parte por la Administración. La preocupación por el problema de la vivienda cobra particular importancia en este período, produciéndose una reducción de la vasta problemática urbana a un simple problema de actuación en el campo del habitat, eje de una acción urbana y social basada en el paternalismo comunitario. Mientras la intervención oficial se centraba en operaciones urbanísticas de prestigio, como la citada ordenación de la Diagonal lugar de concentraciones masivas con motivo de la celebración del Congreso Eucarístico Internacional, el propio Congreso Eucarístico daba nombre a una operación de construcción de viviendas, basada en la caridad pública, y tendente a aliviar la falta de alojamientos de tipo social producida en Barcelona a causa de la fuerte inmigración interior.

Durante este período, la inquietud renovadora en el terreno de la arquitectura es asumida por un grupo de arquitectos que, bajo la denominación de Grup R (*), quiere promover una arquitectura que se entroncase con el perdido legado del G.A.T.C.P.A.C. y con las tradiciones de la arquitectura popular a la vez que con las corrientes organicistas que se estaban desarrollando en el panorama europeo, superando la desorientación, el aislamiento y la banalidad en que se encontraba sumida la arquitectura del país.

Durante los años sesenta, el Estado español inicia un relanzamiento a nivel económico que permitiera la evolución del país hacia formas neocapitalistas a partir del llamado Plan de Estabilización (1957), cuyos resultados se vieron muy favorecidos por la llegada masiva del turismo. El «boom» constructivo que se produce, potenciado tanto por

(*) El «Grup R» fue constituido en 1951 por los arquitectos O. Bohigas, J. A. Coderch, J. Gili, J. M. Martorell, A. Moragas Gallissà, J. Pratmarsó, J. M. Sostres y M. Valls. Coderch y Valls lo abandonaron en 1953, fecha en la que ingresan J. A. Balcells, F. Bassó, G. Giráldez y M. Ribas Piera. A estos se sumaron, en 1957, P. Monguío y F. Vayreda.

la demanda turística como por la interior —debido al repentino aumento de la capacidad adquisitiva de las clases medias—, desborda al sector de la construcción en todos sus niveles. En consecuencia, frente a la irremediable pérdida del elevado nivel medio de la calidad artesanal de la construcción catalana, se evoluciona hacia una improvisada pseudo-industrialización del proceso constructivo que, a nivel arquitectónico, se expresará mediante la adopción acrítica del lenguaje del International styl con su consiguiente vulgarización.

En contraposición a esta actitud de evidente degradación de la cultura arquitectónica, aparece como alternativa testimonial una tendencia que se ha venido en llamar «realista» la cual, influida por la vanguardia italiana coetánea, pone en duda la validez del estilo internacional y propone la continuidad y actualización de los sistemas constructivos ligados a la experiencia tradicional como punto de partida de un diseño arquitectónico inspirado en una revisión crítica de la arquitectura histórica y popular. De esta forma, aparecen las primeras obras en las que los materiales y las técnicas constructivas tradicionales, las formas y elementos con resonancias históricas cultas o populares y un cuidado diseño revivalista, se encuentran en la base de la composición desplazando a la retórica internacionalista. Son obras con un aparente tono menor, sin alardes tecnológicos y de muy apurado diseño, que por su abundancia permitieron que a finales de la década (1968) se hablase de una «posible escuela de Barcelona» en la que se pretendía incluir, ignorando sus sustanciales diferencias ideológicas, a un amplio espectro de arquitectos barceloneses.

La dotación de nuevas infraestructuras viarias, básicamente el inicio de la política de autopistas, que también se produce a finales de la década de los años sesenta, potencia, en el entorno de Barcelona, la formación de una tercera corona industrial y residencial que desborda el ámbito comarcal definido en 1953. Aparece entonces el concepto de Area Metropolitana como unidad de planeamiento que permitiera controlar la incidencia territorial de Barcelona, evitando la extensión a un nivel más amplio de la degradación de la imagen urbana que en aquélla se había venido produciendo durante los últimos años y que, por el contrario, posibilitase la potenciación y desarrollo de su ámbito de forma equilibrada.

Si la problemática del Plan del Area Metropolitana servía para dar cauce a unas necesidades de planeamiento así como para crear una nueva conciencia urbanística, la acuciante situación de una Barcelona caótica, desmesuradamente densa y de congestionada circulación, no permitía esperar que el plan superase sus dificultades políticas y administrativas. Sumado a ello la creciente presión de los intereses especulativos, la ciudad sigue siendo objeto de nuevas acciones parciales basadas casi exclusivamente en la problemática de la circulación rodada —inicio de la avenida García Morato, política de aparcamientos subterráneos y apertura del 1.º y 2.º cinturones de Ronda—, que vienen a actuar como elementos definitivos de ruptura y distorsión de las tramas urbanas y de la imagen tanto del Casco Antiguo como de los pequeños municipios que desde hacía medio siglo configuraban el perímetro de la ciudad.

La nueva conciencia colectiva de la extrema problemática urbanística de Barcelona, junto con la presión popular creciente a partir del declive del estado franquista, han llevado a la reciente aprobación de la revisión del Plan Comarcal, experiencia aún inacabada y de resultados imprevisibles pero que puede ser tomada como síntoma y

1962. Plan de accesos y red arterial de Barcelona.

1965. Plan Director del Area Metropolitana de Barcelona.

1975. Muerte del General Franco

1976. Revisión del Plan Comarcal del 53.

diagnóstico que, por lo menos, resume y testimonia la problemática barcelonesa.

En estos últimos años, la construcción ha acusado también el impacto de la creciente concentración del capital, con el consecuente aumento de escala en las operaciones y la importación de nuevas técnicas constructivas tales como la industrialización de los primeros intentos de prefabricación pesada. La arquitectura producida a gran escala deviene cada vez más un objeto de consumo y su propio diseño se encuentra sometido a la interpretación que el promotor hace del gusto del consumidor medio. Solamente los edificios representativos, sedes de grandes sociedades, se plantean conciliar la inversión con el cuidado de su imagen. Pero si en las décadas precedentes estos edificios buscaban su representatividad en la acentuación de su composición monumentalista, en la actualidad la descansan en los alardes constructivos y tecnológicos. El resultado está siendo la sustitución de la fisonomía de la Barcelona del siglo XIX por la nueva imagen proporcionada por la proliferación de estos edificios «representativos» en el centro de la ciudad así como por la aparición de los «edificios singulares» de veintitrés plantas, mientras la arquitectura más innovadora se encuentra cada vez más marginada de la producción masiva. Ello la lleva a una intelectualizada actitud de afirmación de independencia que descansa en la autonomía de la forma, base conceptual de la mayoría de sus propuestas, muy alejadas así de las instancias ético-morales y sociales de las generaciones anteriores.

1977. Restitución de la Generalitat «provisional»

Josep Emili Hernández-Cros
Gabriel Mora
Xavier Pouplana